



## **Hacia un dispositivo del pase efectivamente practicable**

*De los criterios ideales a la autorización real de los psicoanalistas*

Hay dispositivos específicos del psicoanálisis. Algunos de ellos funcionan regularmente, producen resultados apreciados, pueden ser empleados en diversas ciudades del mundo, cada vez más. Tenemos una práctica del dispositivo freudiano de la cura psicoanalítica, también del control, incluso del cartel. Sabemos cómo utilizarlos, recurrimos a ellos con cierta naturalidad, cada uno a su manera, con frecuencia variable, sesiones más breves o más largas, interpretamos más, menos, según la propensión personal y según el caso. Desde que tomamos pacientes a cargo, nos autorizamos como analistas (acaso sin poder dar cuenta muy bien por qué) aplicando el método freudiano, al menos hasta el punto de consecuencias en que ha llegado para cada uno de nosotros.

Psicoanálisis, supervisión, cartel, incluso presentación de enfermo son dispositivos clínicos efectivamente practicables, en los que reconocemos una cierta eficacia. El pase como dispositivo, por el contrario, parece todavía bastante difícil de emplear; requiere de un aparato institucional más complejo, que involucra a toda la comunidad de Escuela ya desde el momento de la elección de la Comisión de la garantía, que luego integra los carteles del pase, nombra los AME que a su vez designan a los pasadores, etcétera. Además de ser complejo, el dispositivo del pase nos deja una sensación de déficit cuantitativo en las apuestas y de cierta pobreza en los resultados que nos lleva a poner en duda su eficacia. Pasantes escasos, pasadores cuestionables en su idoneidad, carteles del

pase extremadamente parcos, encuentran su eco en sordina en los candidatos indecisos (*J'y pense, mais...*). Sumado a esto, no hemos encontrado criterios unánimes para las designaciones de AE, lo cual puede ser considerado un déficit – aunque no es seguro que lo sea, por razones que argumentaré –.

Este panorama se refleja cuantitativamente en la enorme diferencia porcentual entre el número de miembros de la Escuela que nos llamamos psicoanalistas y nos autorizamos como tales sin recurrir al dispositivo del pase, y los que han sido designados como AE. Sin embargo creemos, y por eso estamos aquí, que aunque haya poquísimas designaciones de AE, pertenecer a una escuela donde el pase se practica y se estudia marca una diferencia. Consideramos que la posición del analista en cuanto al saber y al poder se modifica si hay una orientación de escuela sobre las prácticas de sus analistas; y esa orientación depende estrechamente de la existencia y del funcionamiento de este dispositivo. Hoy nos preguntamos: *¿Cómo orienta la Escuela la práctica y a la comunidad analítica?* Más específicamente, el título propuesto para estos paneles es: *¿Cómo se designa un AE?*

La pregunta misma revela el agujero al que responde: no hay un cómo, no hay una regla, no hay normas, no hay criterios ideales, no hay un *know how* del jurado del pase, que entonces tiene que arreglárselas como puede.

La tarea y el acto de la nominación quedan a merced de la *frónesis*, de la prudencia del cartel. La tarea es imposible, la decisión implica una cuota de azar y de arbitrariedad (en el sorteo de los pasadores, en la sensibilidad y la empatía entre los integrantes del jurado, y hasta en factores idiomáticos), y sin embargo, este dispositivo es el mejor que se ha inventado para iluminar un aspecto clínico, epistémico y ético que es inabordable desde los otros dispositivos del psicoanálisis: el acto analítico considerado como pasaje de analizante a analista.

La pregunta *¿cómo se designa un AE?* nos deja ante un vacío, si nos negamos a aferrarnos a criterios alienantes, cada vez más profusos e inevitables a medida que se acumula experiencia y doxa sobre el pase; propongo reemplazar entonces esa pregunta por otras dos: 1- ¿A qué responde la designación de un analista de la escuela?, y 2- ¿por qué es tan relevante el dispositivo y esa designación para la escuela y para la orientación que sigue e imparte?

Recordemos la propuesta original de Lacan: se imputa al AE ser de aquellos que pueden testimoniar sobre problemas cruciales en los puntos vivos en que están para el análisis, especialmente en tanto que ellos mismos, los AE, están en la tarea o al menos en la brecha de resolverlos.

Es una imputación, que podría no ser tan exigente para el pasante: no es necesario que los AE sean genios, ni formadores de doctrina, ni grandes oradores. Sí se espera de ellos que puedan testimoniar sobre algún punto vivo del análisis, y particularmente sobre su propio pase, es decir, sobre cómo accedieron a la posición de analista a partir de su propio psicoanálisis. No es tan exigente, y además, está abierto a la variedad ya comentada en trabajos precedentes.

Comencemos por la segunda pregunta.

### ***La relevancia del dispositivo***

¿Por qué la escuela, la clínica que allí se elabora, la formación que en ella se dispensa, dependen del pase? Porque así la escuela se hace cargo del déficit del saber del didacta, estructural del análisis, *saber insuficiente en al menos tres puntos cruciales* que hacen a la clínica psicoanalítica, tres puntos de intersección de lo simbólico con lo real, y que desde el punto de vista del reconocimiento imaginario son agujeros, negatividades:

- Lo incurable del síntoma
- El acto que determina el pasaje de analizante a analista
- El tiempo, el momento de satisfacción que marca la terminación del análisis.

La noción de ***síntoma*** es el único caso en que Lacan admite el empleo del término “conocimiento”. Es muy llamativo, si se recuerda su definición tan radical de la clínica psicoanalítica en los años 70, que exige repudiar precisamente ese término de conocimiento<sup>1</sup>. Ese rechazo del término contrasta

<sup>1</sup> En ocasión de la creación de su Sección Clínica en París VIII Lacan propuso la siguiente definición: “La clínica es lo real en tanto que imposible de soportar, el inconsciente es la huella y el camino por el saber que constituye, haciéndose un deber repudiar todo lo que implica la idea de conocimiento.”

con el enunciado que él mismo sostiene a lo largo de toda su obra: “Hay conocimiento del síntoma”, y precisamente con esta precisión: hay conocimiento del síntoma justamente porque es *conocimiento sin reconocimiento*, es conocimiento de sí como cuerpo extraño, conocimiento inaccesible al didacta, que a lo sumo lo vislumbra, “lo interpreta” – decimos - desde afuera. El síntoma es el ser del sujeto fuera del Otro, y su definición, desde el comienzo hasta el final del análisis es: “lo que el sujeto conoce de sí, sin reconocerse en ello<sup>2</sup>.” No es conocimiento de sí mismo, sino de *sí-héteros*, de *sí-ajeno*, incognoscible para el Otro, que no siente el dolor en el cuerpo, ni percibe el significante alucinatorio, ni la división subjetiva que parte al sujeto entre el gusto y el asco, o entre un amor y un odio fundado en detalles sin valor decisivo para el Otro.

Al comienzo verdadero del análisis, sólo el paciente sabe si le duele o no le duele; al terminar el análisis, queda sólo el analizado para *savoir y faire*, para arreglárselas con el síntoma, cuando todas las interpretaciones del analista han mostrado su imposibilidad de reconocerlo y suprimirlo. Y durante el análisis, el síntoma (que es “lo analizable”, lo que puede ser desprendido del yo, de la fantasía, del saber inconsciente, del saber del otro, del lazo social) pasa de *analizable* a *analizante*. El síntoma analizante es lo que responde a la interpretación siempre inexacta del analista, hasta afirmarse como ese incurable en que se apoya el acto psicoanalítico, por decidir la caída del sujeto supuesto saber y liquidar la transferencia para con el analista. De esto el didacta, aún si sabe algo, no está en las mejores condiciones de hacer una buena reseña, el conocimiento sin reconocimiento posible deja su elaboración de saber, si es que intenta alguna, más bien fuera de juego.

El segundo punto de intersección de lo simbólico con lo real sin mediación imaginaria es el **acto**; más radicalmente aún que el síntoma, implica una separación respecto del Otro, actuar es dejar fuera de juego los dispositivos del reconocimiento previo, y la satisfacción de un reconocimiento posterior diverge de la que satisfizo en la certeza y en la prisa del cometido. La negatividad implicada en el desconocimiento del acto indicaría, si se la advirtiera, no la división del sujeto, sino la entereza de una decisión. Y la indicaría, como corresponde a la clínica de lo real, mediante una negatividad de

la conciencia, a la que Lacan propuso designar con el término de *Verleugnung*: la desmentida que marca nuestra relación con el acto.

Así como el síntoma es conocimiento sin reconocimiento en el Otro, el acto es reacción del ser que no se anoticia de lo que realiza. Tratándose del acto de dar por terminado el propio análisis, y especialmente cuando ese acto implica la asunción de una práctica, la de analista, que pone en juego el deseo de saber, esa desmentida adquiere un valor indicativo de la mutación del ser que en dicho acto se produce.

“Es por eso, comentó Lacan, que yo reservé durante años, resguardé, aparté el término de *Verleugnung* que Freud promovió a propósito de tal momento ejemplar de la *Spaltung* del sujeto; yo quería reservarlo, hacerlo vivir allí donde con seguridad es elevado a su punto más patético, al nivel del analista mismo<sup>3</sup>.” Más patético que en la perversión, sin duda, porque el analista no busca fijarse ni fijar, sino permitir al ser hablante revisar su relación con el acto. Este punto también escapa del alcance del saber del analista, cuyas posibilidades de interpretación no atañen a la fase de separación, al decir de Harold Blum, didacta lúcido de la IPA.

Más aún, justamente porque el acto analítico implica su propia desmentida ya que reinstaura el sujeto supuesto saber, sólo puede resultar esclarecedor sobre el acto si es concebido como pasaje de analizante a analista. De ese pase, que lleva de la división del sujeto a la destitución subjetiva, sólo podría decir algo cierto el pasante; solamente él puede testimoniar, escribir, historizar su propia trayectoria de análisis y particularmente su viraje final. Freud indicó el camino a partir de su propio análisis, lo intentó con vigor y coraje en su textos de exploración del inconsciente real, en los que el deseo analizante prevaleció por primera vez en la historia sobre el saber médico (sueño de la inyección de Irma), y en los que el acto fallido logró indicar la desmentida con que anula su carácter de acto socialmente reconocible. Justamente, por no ser acto convencional, es acto en el sentido lacaniano, realizativo del ser.

La tercera intersección entre simbólico y real inaccesible al didacta se indica en **la terminación del análisis**. Otro dato negativo: el analista no *da el alta* en psicoanálisis, la decisión de la terminación no queda de su lado, ni

3 Conferencia dictada el 19 de junio de 1968, al término de su seminario *L'acte psychanalytique*.

puede ser predeterminada por su saber o su experiencia. Lacan planteó dos razones en *Función y campo...* La primera, de orden psicológico: no podemos prever cuál será el tiempo para comprender, ni el tiempo para elaborar, ni el tiempo del sujeto para consumir el duelo, hay allí un factor “psicológico”, dice, que escapa a nuestro campo. El otro argumento es el resguardo ético del ser al que tratamos como ser electivo. Ese cuidado ya está en Freud, quien afirma que en el método que él propone el intérprete último es el soñante; lo dice en la *Traumdeutung*, en la nota al pie más importante de toda su obra. Pero sobre todo lo encontramos destacado en Lacan, cuando pensando en la urgencia ética de concluir el análisis para terminar con la repetición transferencial de la neurosis, en lugar de fijar de antemano la finalización del análisis, propone la sesión breve, que deja al analizante derecho a réplica. Será al analizante a quien le toque alcanzar, en su hora, la satisfacción que marca el final del análisis. Escribe en ese texto:

“Desde el momento en que el vencimiento del plazo (de su verdad) puede ser previsto por nosotros, restituimos en el sujeto el espejismo {*mirage*} original consistente en ubicar en nosotros su verdad, y sancionándolo con nuestra autoridad, instalamos su análisis en una aberración, que será imposible de corregir en sus resultados<sup>4</sup>.”

### ***A qué responde la designación de un AE***

Ahora podemos deducir un esbozo de respuesta a la primera pregunta, a qué responde la designación de un AE, a partir de las respuestas que obtuvimos para la segunda, cuál es la relevancia del dispositivo.

Se percibe cómo el dispositivo del pase inclina nítidamente la elaboración del saber en el análisis, del didacta hacia el analizado. El cambio que induce el dispositivo es enorme. Respecto de la autorización del nuevo analista, y de la hystorización de su destitución de sujeto, no se le pregunta nada al didacta: nada de nada. Esto ya había sido vislumbrado en la IPA, porque sobre el pase de analizante a analista los didactas no tenían absolutamente nada para decir, salvo algunas honrosas excepciones como Arnold Pfeffer o María Kramer.

<sup>4</sup> *Écrits*, p. 310.

Nuestro esfuerzo por sostener el dispositivo del pase se funda en que no nos conformamos con la ignorancia del didacta, sino que desplazamos la pregunta y el interés de la “hystorización” sobre el analizado, apostando a su aptitud para testimoniar sobre lo acontecido en el terreno de lo irreconocible e incurable del síntoma, de lo irrepresentable de un acto condenado a ser desmentido cada vez, y de una satisfacción final incomprensible para el Otro.

El dispositivo del pase fue diseñado para que podamos aprehender algo de lo que le ocurre a cada analista en el momento de su autorización a partir de los efectos didácticos de su propio análisis. Descartado el didacta como buen clínico de esa fase, la apelación se hace a la auto–historización del analizado. Esa “hystorización”, esa *histoire de l’hystérie* finalmente analizada y escrita, implica del lado del síntoma incluir esa misma *y* griega entre el *savoir* y el *faire* del *savoir faire*: *savoir y faire*, saber arreglárselas con el síntoma. Sobre esa “hystoria”, de cómo llegó hasta allí, no hay más que el analizado para preguntarle. El psicoanalista puede acompañar a su analizante hasta la puerta del acto, pero si ese franqueamiento se produce, el analista será abandonado antes de cruzar el umbral. Nada podrá él decirnos de ese momento que él ya no vivió, del que él ya no fue el partenaire.

¿Cuáles son los criterios ahora? Los de un *krinein*, un escoger, un elegir al que otorgamos una relevancia ética peculiar. Son los criterios del parlêtre que reacciona, que se defiende, que se divide como sujeto, se rearma, se destituye, se separa, ama u odia. Tratamos al analizante como *res eligens*, la cosa que elige, que tiene derecho a hacerlo, que selecciona entre diferentes posibilidades y opta por alguna, y se acomoda de uno u otro modo ante lo imposible de modificar. Y esperamos que el pase se revele como acto psicoanalítico en el sentido lacaniano: el momento *electivo* en que el analizante pasa a analista<sup>5</sup>.

¿A qué responde la designación como AE de alguien que ha pesado su experiencia? Se hace lugar a sus razones, a sus elecciones personales, en lo que tienen de arbitrarias, de psicológicas, de inanalizables, mediante las que puede decir algo de ese momento electivo que es el pase, luego de haber pesado su experiencia de análisis: se trata de elecciones, pero elecciones tomadas no sin haber realizado la experiencia del inconsciente, con la ganancia de libertad que ella implica.

<sup>5</sup> La propuesta de Lacan incluye esa calificación del momento del pase: es un momento electivo *{électif}*. *Autres Écrits*, p. 375.

Una última consecuencia: porque la responsabilidad epistémica e incluso ética en el pase corresponde al analizado y no a quien fue su analista, un resultado es que no debería haber restricciones respecto de quién ha sido el didacta. Corresponde privilegiar la experiencia por sobre “con quién” se ha hecho la experiencia, por sobre los títulos y la influencia política del didacta: y es un hecho que no hay aquí lista de didactas, aunque no estoy seguro de que todos nuestros jurados opinen así.

Concibo el pase, en síntesis, como un dispositivo de sensibilización de la comunidad de escuela a la clínica de lo real, de sensibilización a algunos signos electivos que se producen en el analizante, y que desde el punto de vista del reconocimiento y de lo imaginario pueden parecer meros agujeros. La enseñanza del pase, si hay alguna, parte del pasante. En qué pequeños detalles, acaso irrelevantes para los demás, el encontró la llave para autorizarse como analista.

*Gabriel Lombardi*

*Buenos Aires, septiembre de 2009*